

Portman: un atentado contra la Naturaleza

Portman no es ni más ni menos que una pedanía del municipio de La Unión (Murcia), ubicada en la Sierra del mismo nombre y separada de Cartagena y del Cabo de Palos por once y veinticinco kilómetros, respectivamente.

Connota históricamente sus raíces romano-latinas la etimología del nombre, del latín *Portus Magnus*. Se dice que fue el primer puerto industrial de la Península hace ya más de dos mil años. Acaso hasta hoy, este pequeño pueblo casi ignoto no haya gozado de suficiente actualidad a nivel nacional debido a instancias manipuladoras que no permitieron que saltara el "affaire" de toda su dimensión, con el impacto e insistencia necesarias, a las páginas de la prensa del país.

En la Edad Media, en todas las cartas de navegación gozaba Portman de gran importancia como puerto minero. La cifra mayor de hombres que se conociese que trabajasen en el término fue de unos 40.000. Es hacia las primeras décadas de 1900 cuando la explotación de carácter familiar, bajo la égida de un aventurero de nombre Zapata, se transforma en un complejo más industrializado con la entrada en escena de Peñarroya España.

En toda esta época, la zona constituye un polo de atracción para la mano de obra. Hacia 1925 era una de las localidades con futuro más brillante y prometedor de la región. Las inagotables extracciones de biendas, pirita, manganeso y plata así lo acreditaban. Cuando traspasando los umbrales del desarrollo industrial capitalista del siglo XIX, llegó a constituir auténticas aglomeraciones humanas arrimadas en los "bidonvilles".

Todavía durante los treinta primeros años de siglo las instalaciones industriales existentes no atentaron contra la configuración natural de la bahía. Funcionando incluso a pleno rendimiento, no llegaban a destruir las instalaciones portuarias. Para la salida de estériles de la explotación se llegaron a habilitar unos vertederos. Los "gacheros" o pantanos recogían toda la escoria y demás detritus.

Tras el periodo de máximo apogeo en la extracción de minerales, en la segunda guerra mundial, la estrella de Portman irá declinando. La tierra cansada y yerma obligará a muchas

familias a desplazarse a otros lugares en busca de trabajo. Poco a poco aquella concentración proletaria, fue abandonando la zona donde todavía hoy se relatan algunas anécdotas relativas a sus tasas de miseria y al elevado índice de delincuencia.

Si bien en los últimos quince años la bahía no había comenzado a esquilmarse, es hacia 1964 cuando empieza a fraguarse el atentado. Habiéndose iniciado las explotaciones a cielo abierto, los lavaderos de Peñarroya aumentaron su potencia. Toneladas de estériles comenzaron a depositarse en el fondo de la bahía. Sus calados, en algunas zonas de ocho metros, habían permitido desde siempre la entrada de buques de tonelaje.

Esta invasión de tierras, sistemáticamente expulsadas por el lavadero, con unos caños funcionando las veinticuatro horas del día, empezó a anegar la bahía y el puerto. Desde entonces la sedimentación de los vertidos es de tal magnitud, que la profundidad en ciertas partes no llega ni a los tres metros. Descontando la regresión experimentada por la bahía en algo más de un centenar de metros.

Pleitean los perjudicados

Hace unos años el Ayuntamiento de La Unión demandó a la empresa. El pleito lo ganó Peñarroya. La sentencia significaba que Portman no tenía carácter turístico. Ante todo era zona industrial.

En una Orden Ministerial de 1969, la Administración autorizaba el vertido de estériles. De este modo la sociedad minero-metalúrgica quedaba autorizada para la ejecución de obras de ampliación de la instalación de vertido procedente de sus explotaciones mineras.

Nuevamente hoy las posibilidades turísticas de Portman vuelven a ser una realidad. Una empresa de construcciones está dispuesta a urbanizar 40.000 metros cuadrados en la zona. Peñarroya es propietaria del 80 por ciento del terreno. Y el tema no finaliza ahí.

Pero a lo largo de todo este tiempo muchas voces no han dejado de clamar denunciando el atentado. La mayoría de los trabajadores no opinan porque más de la mitad de la población está en las nóminas de la empresa. Mientras tanto, la procepción sigue por dentro. ■ JOSE MANUEL RECIO

